
V

Médicos.—Boticarios.—Botica.—Estudiantes de medicina.—Botica de Peñúnuri.—Confusión de recuerdos.—El Corpus.—Sastres militares.—Zapateros.—Tertulia de ancianas.—Revista social.—Educación de hombres y mujeres.—Costumbres.—Casa grande.—Mesa de malilla.—Fr. Pingajo.—Burrifacio.—Hipócrिता.—Barrera.—Abelardo.—Bisbís.—Magdaleno Contingencia.—Academia.—Años nuevos de 38 y 39.—Amores de Rodríguez. D. Bernardo Couto.—Caldera en el Teatro.—Temblor de Sta. Cecilia.—Traslación de los restos de Iturbide.—Virgen de los Remedios.—Las luces.—Cantos populares.—El jarabe.—El Dormido.—Sonecitos.—La Petenera.—La manta.—El gato.—Perico.—Zorcico.—Baile inglés.—Valse del amor.—Contradanza.—Canciones.—La Poo.—El ámbar.—El susurro.—Los enanos.—El astillero.—El atole.—El Guajito.—El Borrachito.—El Palomo.—Severiana.—El Durazno.—Las Balmas.—El Bulaquito.—El Aforrado.—La Tuza.—El Muñeco.—El Telele.—El Tapatío.—Los patos.—El palito.—La cachucha.—La maroma.—El hacha.—Chistosos de estrados.—El cuándo.—El ciego de los palitos.—Pastorelas y coloquios.—La Política.—Explicación de José Valente Baz.—Los periódicos.—Lima de Vulcano.—Civilización.—Academia de Letrán; decadencia.—Basadre.—Zelaeta.—Cardoso.—Manero.—Alpuche.—El Coronel Yáñez.—Castro.—Muerte de D. Ramón Rayón.—Posadas.—Recuerdos.

Muy curioso y muy rico de enseñanza sería un cuadro completo que abrazase la reseña científica de la

medicina en aquellos tiempos y su práctica en el vulgo, cuando la vieja, el curandero y el santo milagroso entraban en serias competencias en que solían salir tan magulladas y llenas de averías, las ciencias, la moral, las buenas costumbres y la religión misma.

Yo recuerdo sólo los famosos componedores de huesos que á tirones curaban torceduras y luxaciones, los medicamentos subrepticios contra las enfermedades ocultas, las habas de San Ignacio, atole del Padre Verdugo, pepitas para la solitaria y yerbas exquisitas para orina, entuertos, cáncer y mal de corazón.

Recuerdo á la estupenda partera entrometida, ignorante y audaz, tal como la describe Periquillo, con su tenedor bausán y su silla semicircular, y recuerdo la pompa, la alegría y el manantial de recursos para el médico el día de la purga, medicina, aviso de que quedaba terminada la curación, y era día de chiqueos al enfermo y galas al médico, consistentes en escuditos de oro en las casas ricas, en grande abundancia.

El médico de mi barrio era un tahir incorregible, y el día que Birján le volvía la espalda, purgaba á sus enfermos á troche y á moche, así podía tener los Camilos á la cabecera en artículo de muerte.

A los enfermos se les enfloraba la mesa y se les servían anisitos y panal de rosa para acompañar el agua.

Por lo demás, la propina del *matasanos* era el *peso tirante* dado á una criada de confianza para que al despedirse el médico, como á excusas, y en el portón de la casa lo pusiese en manos del doctor.

Contaban, con este motivo, que la criada de una *casa grande* cambiaba por menudo el peso, mermándole medio real, un día faltó la criada y dieron al médico el *peso duro*, él devolvió medio—¿qué quiere decir esto, le preguntaron?—Que esto es lo que recibo diariamente, y estoy conforme . . .

En el cuadro á que acabo de aludir, debería figurar con cierto realce la botica y el boticario de mis tiempos. Ya no como indicante científico ni mucho menos, ya no como giro mercantil sino como vivac de estudiantes veleidosos y diablitos, como punto de reunión de médicos populares y desocupados, y como suplencias pedestres de la medicina en consultas íntimas, casos fortuitos y necesidades repentinas. Hablaré de la botica de que era yo tertuliano.

Aquel estudiante de medicina que se familiarizaba con los muertos, y se valía de ellos para chascarrillos y travesuras que asombraba y espantaba á su familia y relaciones con llevar en el bolsillo un gargüero deshebrado, un ojo reventado ó una oreja en conservación perfecta, que mostraba á las veteranas del sexo estampas tremebundas del mundo interior del cuerpo humano. Este estudiante, á quien ya en el tercer año se le hacían consultas y recetaba audaz en los barrios escondidos y en el pueblo de indios cercano; este chico, siempre sin un centavo, pero consultor de seductores, idolo de las viejas y arca de los secretos pecaminosos de sus amigos, era un diamante precioso para la crónica y para la charla.

Por supuesto, el boticario llevaba la batuta de la char-

la y solía aclarar paradas con una sola alusión á su ejercicio.

—¡Excelente persona. . . . yo no le quise despachar sin receta unos polvos que la comprometían.

—¿Ve Ud. ese santurrón intolerante? pues consume más azogue que el que da el almacén.

—Yo se lo que le digo W. . . . si vieran la receta de esta mañana para la respetable señora Marquesa

Y cada medicina era una delación, una intensidad, un desengaño, que ponía en duda virtudes eminentes, alumbraba tramones y podía citarse como cuerpo de delito ó como indicio vehemente de las poridades menos sospechadas por el común de los mortales.

En esto de suplencias y *quid pro quos*, era nuestro amigo un lince aunque dieran por resultado que engordasen los perros con la cabalonga que expendía y resultaran cómicos y grotescos los suicidios en que se complicaba con sus drogas.

En un extremo del mostrador despachaba sus consultas; le llevaban niños tísicos, granos obstinados, dedos incurables y chicas de dudoso diagnóstico y aquello era una gloria!

Mientras nosotros, los tertulianos, si hacía calor, tomábamos alipur con nitro; si frío, un *fajo* alcohólico, y si soplaba viento de broma y expansión, elixir de garuz ó cosa semejante.

Por lo demás, el negocio era magno; había un puñado de yerbas que daba un quinientos por ciento, y era tal la excelencia del capital, que contaban que en una

diversión anunciaron á un boticario que su casa se quemaba y que el propietario dijo muy fresco: *como no se queme el pozo poco se pierde*.

Por lo demás, las boticas eran, generalmente hablando, sucias y fétidas, no faltaba su almirez enorme ni su amoldador de píldoras; pero en punto á laboratorios químicos, apenas se contaba el del profesor Vargas, á quien los chicos le decían Varguncio, el de Don Leopoldo Río de la Loza y algún otro.

El *botamen* y los útiles eran de mala clase y no se tuvo idea de verdaderas mejoras sino hasta después de 1840 en Dionisio, Frizac, Gumesindo Mendoza; y últimamente Kaska, Tinoco, Patiño y otros han dado nuevo ser á los establecimientos de farmacia.

Había en las boticas de mis tiempos la piadosa costumbre de dar medicinas gratis á los pobres, mientras duraba el toque de ánimas á las ocho de la noche. Entonces eran los pedidos de unguento amarillo para un grano, agua cefálica para las muelas, tripa de judas, aquilón gomado, cuernecillo para alumbramientos, cuerno de ciervo, flor de granado; sin que dejara de obsequiar el galante farmacéutico á las muchachas bonitas y los niños con trocitos de azúcar cande ó con codiciados tamarindos con un puñito de alhucema para zahumar la ropa ó unos trocitos de muiltle, salvia para evitar el insulto á un abuelo.

Por último, el boticario era al médico lo que el dependiente de juzgado ó tinterillo al licenciado.

Recibía consultas, enderezaba entuertos, se inicia-

ba en secretos, disfrazaba deslices, y el niño chico y la niña con sueño y desgano, la esposa estéril, el fraile destanteado y el tenebroso beato, tenían su tesoro en las confidencias y drogas del boticario.

De la botica al colegio, del colegio al fandango, de allí á los libros graves y á las discusiones de los sabios, de un salto á la charla de bastidores, de otro á la academia ó á los salones aristocráticos, para despenarse en el figón de barrio ó en el velorio del populacho soez. Esta era mi vida.

De ahí es, que cuando quiero fijar mis recuerdos, pasan á mis ojos como en baile carnavalesco y fantástico, arrebatados en carrera vertiginosa por compases eléctricos, grandes damas, guerreros, chinas, frailes, toreros, cómicos, músicos y danzantes, y todos ellos como que corren en los aires y se borran en una lontananza lejana y llena de tinieblas.

Lo que luchó por caracterizar y no acierto cómo, es la fisonomía de aquella sociedad heterogénea, formada de secciones completas, pero sin relacionarse con las demás que formaba conjunto á lo lejos y de cerca se componía de lo más discímbolo, por ejemplo: el español con caudal ó empleo y protección de España y el español antiguo en México, postergado, aunque rico, con sus ínfulas de conquistador. El hijo de español aborreciendo al advenizado que le quitaba posición social y porvenir; las castas, residuos de todas las miserias y todas las impurezas en las que tenía abrigo el hijo sacrilego y el adulterino, el morisco y el judaizante

y los indios explotados por todos, embrutecidos, degradados, objeto de explotación del fraile y del rico. De esto depende, que así como las cuentas sueltas de vidrio forman imprevistas y preciosas figuras en un caleidoscopio, así las forman estos elementos enumerados, con la diferencia de que en este caleidoscopio que yo finjo, las figuras que aparecen son monstruosas, deformes y rebeldes á toda descripción lógica y racional.

Por esta causa, y muy independientemente del espíritu de partido, se trata de estudiar la influencia del sentimiento religioso en México, porque las raíces de la sociedad, su desarrollo, sus anomalías, están empapadas en sus aguas, crecen y se desarrollan en su atmósfera, influyen en su vida y constituyen en lo intelectual y en lo físico un modo de ser inconsciente y anárquico.

La gran función de Nuestra Santa Madre Iglesia era el Corpus.

Con mucha anticipación al solemne día se aumentaba el tráfico en cajones de ropa y talleres, mesones y casas con huéspedes.

Tendíase por todo el gran trayecto por donde debía marchar la procesión, un ancho toldo de lona que sombreaba el centro de las calles y corría desde el costado occidental de Catedral por las calles de Tacuba y Santa Clara, daba vuelta por las calles de Vergara y se dirigía por la Profesa y calles de Plateros á la puerta principal de la Basílica.

Las calles todas que recorría la solemne procesión

se adornaban lujosamente; de las canales, que entonces eran exteriores, pendían gallardetes y bandillas; en los balcones se colgaban profusas cortinas blancas, ceñidas de listones blancos, azules y escarlata; de acera á acera y á cortos trechos se suspendían cordeles de que pendían lienzos, tápalos, pañuelos, frutas y palomas y regaban el suelo flores y hojas color de oro de Cempoaxochitl que formaba tapiz verdoso y alegraba la vista.

En la calle de Tacuba, en la de Santa Clara, Vergara y Plateros, se levantaban grandes *posas* en que hacía parada la procesión para los cánticos eclesiásticos.

Las *posas* eran suntuosos altares improvisados al aire libre con sus ornamentos de oro y sus brocados riquísimos, grandes blandones de plata, colosales cirios y un espejo para que sirviese de respaldo á la custodia, llenándose las gradas del altar con macetas exquisitas y naranjos sobre la alfombra próxima al altar.

Al llegar la procesión á cada *posa* tocaban alto los clarines; el sacerdote, portador de la custodia, la depositaba en el altar, acudían músicos y cantores y se entonaban himnos en medio del entusiasmo religioso.

Pegadas á las paredes se colocaban sillas, y en los zaguanes amplios se armaban gradas para la concurrencia, en la parte exterior de los balcones también se colocaban asientos, entre macetas, floreros y espejos. El conjunto era de lo más animado y pintoresco, constituyendo antes y después de la procesión un paseo delicioso en que circulaban millares de vendimias, ju-

guetes y refrescos, proclamadas en todos los tonos y encarecidas en todas las instancias.

La multitud de gente, la variedad de trajes, la diversidad de tipos y el aire de fiesta de contento y zandunga que á todo comunicaba vida, hacían de la solemnidad de Corpus uno de los espectáculos de mayor grandiosidad y atractivo.

El repique atronador de las campanas, el ronco estampido de los cañones y el vibrar de los clarines anunciaban la salida de la procesión.

Rompían la marcha soberbios batidores en los arrogantes caballos con jinetes, con sus morriones y espadas, sus carabinas terciadas á la espalda y sus barbas postizas que los alogaban; pero que según los sabios en cosas de guerra, les daban gallardía y severidad.

Las escuelas municipales y gratuitas, las parroquias con sus cruces altas y ciriales, las cofradías con sus atributos, recuerdos de los antiguos gremios, los *hospicianos* con sus uniformes desgobernados y ridículos, los Trinitarios vestidos de escarlata, los Padres Franciscanos con sus hábitos azules, los Dominicos de blanco y negro, los padres Mercedarios, blancos como nieve, los siervos Carmelitas con el color de su nombre, los Agustinos copetudos y listos . . . todos bajo sus estandartes, con sus velas de arandela encendidas, sus mosqueteros los más y algunos sus flores.

Era de verse aquel claustro de doctores con sus capas de seda con mangas y sus grandes bonetes en que estaban las borlas, de un color los médicos, de otro

los teólogos, de otro los jurisperitos y los filósofos. Los *utroque juris* tenían una distinción especial.

Cerraban la prolongada y numerosa comitiva hileras de caballeros de la más distinguida sociedad, con sus fraes negros ó de color y botón dorado, diamantes en las pecheras de las camisas, borceguíes de punta trozada y bastones con puño de oro y borlas, si el personaje representaba autoridad. En último término, en hileras simétricas y llenas de compostura se veían multitud de sacerdotes revestidos con sus albas de anchos encajes y sus casullas blancas con galones y bordados de oro.

Como la gran comitiva iba en hileras, veíase despejado el centro de la calle ocupándolo multitud de niños vestidos de ángeles con sus alas blancas y sus penachos de riquísimas plumas, almas gloriosas con profusos velos de punto blanco, indios con sus huacales preciosos y su imitación perfecta del natural é inditas con sus huipiles y malacas, y niños vestidos de frailes muy monos remedando graves, acaso, á los autores... de su disfraz; todos estos niños llevaban canastillos ó charolas llenas de flores que iban derramando alegres por toda la carrera de la procesión y la Tarasca ejecutando farsas indecentes.

El centro lo ocupaba bajo tendido palio con varas de plata que sostenían próceres eminentes, el sacerdote conductor de la custodia que era un sol en su reverberación de piedras preciosísimas, regalo de un minero Borda, de Tasco, dueño de la casa esquina de San Francisco y calle del Coliseo.

Detrás del Divinismo marchaba la comitiva civil, y en primer término descollaba el Presidente de la República entre plumas tricolores, sombreros de tres picos, entorchados, espadas y banderas. Esta segunda sección la cerraban los coches de Nuestro Amo, con sus cocheros que eran condes, duques y altas dignidades, vistiendo ese día con extraordinario lujo y llevando sus sirvientes al estribo.

Las músicas militares, los cuerpos de artillería, infantería y caballería y la multitud que se agolpaba ó se retiraba en oleaje, completaban el cuadro que cobraba animación inexplicable con los repiques, las músicas, el sonido de los clarines, los gritos de las vendimias, el flotar de gallardetes, cortinas y banderas, y el gentío que revestía la calle, se derramaba en balcones y ventanas y coronaba las azoteas bajo inmensos paraguas azules, colorados y verdes.

La afluencia de foráneos, las confecciones de trajes para las fiestas, las compras de objetos varios para las cuelgas, las invitaciones para ver las procesiones que querían decir refrescos, banquetes, conciertos y bailes, etc., activaban el comercio de una manera benéfica, difundiendo el bienestar y el contento en todas las clases sociales.

Los sastres militares hacían sus cosechas en unión de tiradores de oro que les suministraban galones, entorchados, charreteras.

Estaban al sepultarse en el olvido los Cienfuegos y los Gómez; acababa de pasar la preponderancia de Ti-

jera de Burguichani, célebre por sus carricles y sus pantalones aclarinados; italiano alegre y simpático, que mezclando malamente palabras de su idioma natal, de francés y de español desfigurado, se formó un idioma especial que cobró el nombre de lengua de Burguichani. Había ya enaltecido el oficio Lucas Balderas, sastre patriota, honradísimo y hábil, que hecho inspector de milicia cívica, descansaba de sus fatigas militares con la medida y la tijera, complaciendo fino y alegre á sus numerosos parroquianos.

Ahora las sastrerías de buen tono estaban instaladas en la calle del Refugio, y una que otra en la del Espíritu Santo y Plateros.

En la primera se veía al portugués Acuña con su clientela de oficiales y gente de trueno; á Lorcini, cuya esposa traía con los cascos trastornados á los *lagartijos* de la época; á Nevramont, liberal para el crédito á los necesitados; á Campardon, instalado ya en el Portal, conservando su preponderancia en trajes y arreos militares, y á Togno, cuya esposa era la modista sin rival y una especie de sacerdotisa de la elegancia y el buen tono.

La moda, aunque menos voluble y exigente que hoy, que la frecuencia de las comunicaciones, los periódicos *ad hoc* y el aumento de sus secuaces la hace más escrupulosa, era notable.

Usaban los catrines una especie de frac redondo, con el pecho abultado y duro, como con armazón de hierro; las mangas tan estrechas, que en la parte inte-

rior, se abrían y se sujetaban á la sangradera con botones pequeños de metal; los botones dorados del frac eran poco más grandes que un peso.

El pantalón era estrechísimo, y tenía adherida la polaina con botones á la orilla del pie; por supuesto, que los tirantes no faltaban bajo el chaleco, que apenas llegaba á la mitad del pecho, completando el figurín ancha corbata de terciopelo, atada con hebilla, y un peinado, que sin destronar la furia, anunciaba la raya partida.

Los hermanos Legorreta, llamados los Vizcaínos, eran los zapateros de más renombre.

Rinconeli, es decir, el sastre acomodaticio y condescendiente, existía. Estaba en todo su auge Leoncito, como sastre de calzoneras y trajes de charro, y aun no había invadido la ropa hecha los dominios de San Homobono con escándalo del oficio y vergüenza y horror de los recuerdos de los gremios.

Suele acontecer, atravesando las inmensas llanuras del Norte de nuestro país, que repentinamente se disparan en encontradas direcciones caudalosos remolinos de polvo, que barriéndose, retorciéndose, levantándose y derramándose, borran las distancias, confunden los objetos, dislocan los paisajes, y hay un momento que parecen flotar y revolverse en el espacio, árboles y sembrados, chozas y montañas, que contemplamos como acometidos de un vértigo; así me invaden al ha-

cer este alto en mis recuerdos, tradiciones y memorias, cosas de vidas sabidas ó con insubstancialidad pasadas, historias y consejas, milagros y encantamientos.

Tal por ejemplo: de una tertulia de ancianas devotas, favorita de la señora mi madre, en que se lucía un enamorado jubilado y un Bun Bun de la época de la insurgencia; una solterona nerviosa y de mal genio, de ojo de pájaro, cuello de canuto y color de hoja seca de nogal, en que galleaba una mercadela, que podía birlarse en achaques de crónica escandalosa con su válgame Dios y su vara de lástima, y en que con sus gestos y su elocuente silencio todo lo reprobaba; una viejecita ayudadora y escrupulosa con sus sospechas de silicio, y sus arranques de éxtasis en la oración mental, aunque golosa y entrometida; de esas tertulias, digo, sobrenadan en mi mente los cuadros de la aurora boreal y de las muertes de Dongo en la calle de Cordobanes, el coche de lumbre que recorría desde la Viña hasta las calles del Estanco Viejo; la llorona que atravesaba gimiendo desde la calle de la Buena Muerte hasta el Canal de la Viga, y los espantos del callejón del Muerto, y la casa de Aldasoro, cerca del Paseo de Bucareli.

Los duendes y las brujas hacían su papel interesantísimo en las tertulias que describo; algunos de los primeros, escurridizos y traviosos; las segundas implacables, cabalgando por los aires en sus escobas, y descendiendo á chupar la sangre de los niños.

No es para valuada la riqueza inmensa de milagros, ni la supuesta intervención de ángeles, muertos y de-

monios en los actos todos de la vida, porque aquello era un mar de cuentos, un infinito de profanaciones, de chismes y de embustes.

Respecto al primer punto era para llenar tomos enteros las travesuras de la Virgen de los Remedios y los chascos que les pegaba á Juan Bernardino y familia; ellos por aprisionar la imagen, y la Virgen por escaparse y encaramarse en el maguey prodigioso, que fué como el corazón de su famoso templo.

Aquella mano negra que dejó cierto condenado en Balvanera, á aguisa de tarjeta para escarmiento de pícaros; aquel San Roque de palo quitándose el sombrero al pasar el Papa, pidiéndole su canonización; aquella Virgen de la Candelaria atrapando al caco de una oreja mientras éste quería despojar á la imagen de sus aretes de diamantes; aquel Señor de Regina, resistente á la curación de las heridas que le hicieron unos judíos en un día que les pedía el cuerpo bronca; aquel San Vicente Ferrer con dolores de alumbramiento; aquel San Juan Nepomuceno con la lengua entre el pulgar y el índice, predicando el secreto; un San Antonio que derramaba lluvias de milagros, y en las pinturas, un burro arrodillado ante la custodia; un pecador arrojando sapos y culebras por la boca en castigo de los pecados que se habían ocultado al confesor . . . y en esa atmósfera y con esas sombras se creía alimentar el espíritu cristiano y hacerse las almas dignas de la bienaventuranza.

Como es de suponerse, lo más preponderante y pres-

tigiado en esa tertulia era la crónica de los sacerdotes y sus familias, chismes de sacristía y de conventos, púlpito y confesionario, y mandas piadosas, penitencias, expiaciones, etc.

Había entre las familias clericales verdaderas coadjutoras de curas y capellanes, que sabían preparar los paramentos, según lo prevenido, para santos mártires; misas de panegírico, de difuntos, etc., etc., y era un encanto ver á esa entidad femenina abreviar trámites, cuidar del acetre, graduar el incienso y tener á raya á acólitos y cantores.

El sacristán, dulce y expansivo, sabía las horas que cada padre se sentaba á confesar ó decía misa, sus relaciones, sus hábitos, los regalitos que eran más de su agrado y el altar que prefería para celebrar. Ese personaje era quien procuraba los mejores lugares en las funciones, quien regalaba medallas prodigiosas, y quien, dándose sus escapadas en lo mundano, advertía á la niña de la aparición del novio ó de la inesperada presencia del marido, todo con un tercerillo en las manos ó unas vinajeras por llenar, ó unos amitos para darlos á encarrujar á una china tan fervorosa en lo temporal como en lo eterno.

Por más que apurara mi caletre y poseyera á la vez las gracias de la musa infantil y los donaires de la plática sabrosa de la mujer de talento, no daría ni remota idea de las confidencias de las señoras doctas sobre exámenes de conciencia y pecados que los niños consultaban, levantando cada falso testimonio á la doctri-

na que temblaba el mundo, tanto más si era la guía el Padre Jaen ú otros por el estilo, que son como manuales para aprender todo lo indecente y lo debido ignorar.

—Mamá, ¿he cometido yo esto del abigeato?

—Según, hijo: si has estado fuera de la iglesia, no. Porque la mamá estaba en la inteligencia que el abigeato (que es el robo de bestias) era una cosa como sacrilegio...

Y era lo de los padres de mal genio y los que hablaban de modo que los que rodeaban el confesionario se impusieran de los secretos más íntimos.

Entre los oradores, figuraban, como ya hemos dicho, Ormaechea y Moreno, Rincón y Fray Angel, así como el Padre Hernández y el señor Obispo Madrid que tenía gran grupo de admiradores.

Se remedaban en el círculo á los padres Tali y Abolafia que, en la cátedra del Espíritu Santo, cantaban y dialogaban como los amantes ó hacían las contorciones de las coquetas, sin olvidar al cándido padre Pérez, alma de Dios, que pronunciaba la *r* por *l* y decía lleno de santo fervor:

—¿Qué cleían Uds. que hacía la Vilgen cuando la Anunciación del ángel? ¿qué tendría en la mano? ¿un abaniquito como Uds? ¿una novelita culiosa? ¿un dije de estos que codician las jóvenes?... Nada de eso, tenía una calabelita, glandisimas blutas, pala pensal en la muelte.... y por el estilo, se formulaban críticas sobre oratoria Sagrada, y pasaban, con el disfraz de santidad, verdaderas blasfemias.

Si tomaba la palabra la anciana ex-bella, la ex-rica, la de noble estirpe en su florida juventud, cortejada por nobles y acaudalados mayorazgos, y oidores sesudos, mimada por lumbreras y potestades de la Iglesia, rosa de oro de los festines, ornato y gala de los bailes, edificación de templos, y encanto de espectáculos y paseos, conservado aún el caracol vergonzante y la tenacilla de oro para fumar cigarros de á once finos, era como asomarse á las intimidades de la gente de sangre azul é iniciarse en sus más imperceptibles poridades.

Ella pintaba al varón titulado entre frailes y tahures chalanés y mujerzuelas perdidas, derrengándose en un coleadero, apadrinando al hijo del torero, del cómico, etc., ó contrayendo relaciones extraoficiales tan llenas de peligros como dispendiosas.

Pintaba con admirable verdad de coloridos la doble faz de estos tipos ceremoniosos y afligranados en su trato, con los grandes sus iguales, é ignorante, obsceno, soberbio y caprichoso con sus inferiores; ella, por último, juntaba la transformación de joven libertinaje y viejo rezandero, con sus camándulas, sus hijos bastardos y su sumisión á los frailes.

En cuanto á la niñez y su comercio con las monjas, descubría curiosas poridades; tenía su muñeca vestida de monja, su perrito faldero y su bastidor para bordar. A pocas se permitía la escritura, y el maestro de baile y la maestra de piano *forte*, que las más veces era ronco monacordio, que eran como preparativos para entrar en el gran mundo..

El ocio más completo, el desdén más absoluto á la *gente baja*, la idea más arraigada de que la mujer, al casarse, era la víctima, perdía su libertad y renunciaba al estado perfecto de virgen que la llevaba al cielo; y una ignorancia tal, que en tertulias, y en rezos y viacrucis se elegía una entre cien para que leyera, porque á las demás se les avergonzaba.

La casa era un primor: casa con cadena para la hora de comer. En el salón imágenes de Guatemala y cuadros con marcos de plata, tibores de China opulentísimos, sillas de alto respaldo con asiento escarlata de Macedonia, espejos de Venecia y un gran candelero con ondas de almendras, flecos de canelones y candeleros de cristal.

Se alumbraba la sala con esperma; había sus tapetes frente al estrado, y era el pavimento un maque reluciente de púrpura con su cenefa de flores sobre fondo color de tierra.

En muchas casas el respaldo de la sala era un altar magnífico, y cuando no había altar, el baldoquín y las pantallas eran el principal adorno.

Cambiaron mucho esas decoraciones con la independencia; el sofá y los sillones tomaron posesión de las salas, cobraron grandes proporciones los espejos, los floreros en grandes capelos y los relojes de mesa anunciaron el lujo, y los hermosos cuadros constituyeron un adorno de buen gusto y riqueza.

Entonces comenzaron á superponerse capas sobre el